

Ley de la calle ley de la selva

Elías Norberto Abdala

La revista Psychology Today realizó hace varios años una encuesta con la siguiente pregunta: "¿Si usted pudiera apretar un botón en secreto y matar a una persona sin que eso tuviera ninguna repercusión para usted, ¿lo haría?". El 69% de los hombres y el 56% de las mujeres respondieron que sí: ellas habrían eliminado a jefes, ex maridos, ex novios y a anteriores parejas de sus actuales compañeros; ellos, hubieran eliminado al presidente, a alguna figura pública o a algún competidor.

La agresión puede definirse como el comportamiento que intenta hacer daño u ofender a alguien, ya sea mediante insultos o comentarios hirientes o bien físicamente, a través de golpes o lesiones. La clave que permite definir la agresión es la intención de dañar.

Por lo general, la agresión se dispara en función de la forma en que las personas perciben e interpretan algún suceso o situación. Por ejemplo, si se percibe un pisotón como intencionado y hostil, hay más probabilidades de reaccionar agresivamente.

Antes se sostenía que la frustración era el componente que generaba la agresividad, pero también se comprobó que otras emociones "negativas" (dolor, celos, ira, tristeza, etc.) también la generan. Incluso, situaciones sociales o ambientales, como el hacinamiento, las temperaturas extremas o los ruidos intensos y molestos.

La agresión no siempre se descarga sobre la persona que la provoca, y a veces se desplaza de su verdadero objetivo (por ejemplo, la rabia contra el jefe se expresa gritándoles a los chicos al llegar a casa).

En su libro La anatomía de la destructividad humana, Erich Fromm contempla dos tipos de agresión: una, adaptativa, "caliente" y al servicio de la vida; biológicamente programada y, común tanto en los animales como en los hombres. Un ejemplo es el impulso a atacar cuando se ponen en juego intereses vitales. Otra, la agresión maligna, o "fría", que no es biológicamente adaptativa. Este tipo de agresión, que se observa específicamente en la conducta de hombres como Hitler, Goebbels u otros semejantes, brota de las condiciones patológicas de ciertos humanos.

Los padres agresivos tienen hijos agresivos, ya que les transmiten y enseñan, mediante su conducta, que ésa es la forma adecuada de resolver conflictos.

Con frecuencia, los padres de niños que acabaron como delincuentes no estimularon de manera adecuada su buen comportamiento sino que fueron agresivos a la hora de castigarlos.

La televisión, con sus imágenes violentas, puede contribuir a la conducta agresiva de los espectadores. En una investigación realizada a lo largo de 22 años se demostró que, cuanta más violencia habían observado en televisión niños de ocho años, mayor era la probabilidad de ser condenados por crímenes violentos a la edad de treinta años. Los niños que ven violencia por televisión se comportan con más agresividad y pueden llegar a considerar la violencia como un comportamiento aceptable. Ser testigo de la violencia conduce también a la naturalización y a la indiferencia ante este tipo de actos, al considerarlos normales, y puede volver a las personas más insensibles.

Matar por segunda vez es siempre más fácil.

Disponível em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 1/4/2008.

A utilização deste artigo é exclusivo para fins educacionais.